

Wallace Breem

# El leopardo y la montaña

Traducción de  
Carlos Gardini

 ALAMUT

Para Bruce Coward

## Nota del autor

En 1894 se determinó la frontera política entre la India británica y Afganistán. Al este de esta frontera había otra: el límite administrativo de la India británica. Entre ambas se extendía una ancha franja de territorio montañoso ocupado por las aguerridas tribus pastunes de la frontera noroccidental, cuyo estatus en el derecho internacional era de «personas protegidas por los británicos». Democráticas e independientes, eran responsables de sus asuntos internos, no pagaban impuestos a la corona, recibían subsidios por su observancia de la ley y no estaban sometidas a la ley de la India británica a menos que cometieran infracciones allende la frontera administrativa.

En 1910 ya estaba creada la provincia de la Frontera Noroccidental y el territorio tribal que se extendía entre ambos límites se dividió entre seis agencias. En todas ellas trabajaban agentes políticos empleados por el gobierno de la India británica. Sus funciones eran diplomáticas y persuasivas, y su autoridad estaba respaldada por la milicia tribal, que recibía su armamento de la corona y operaba bajo las órdenes del poder civil.

En 1919 estalló la Tercera Guerra Afgana, un conflicto de breve duración (veintiséis días) que causó revueltas entre las tribus y que en Waziristán condujo a «combates tales como nunca se habían visto en la frontera». Se movilizaron cincuenta mil efectivos hasta 1921, cuando Waziristán fue sometida a una ocupación militar que se prolongaría hasta el final del dominio británico.

El siguiente relato está inspirado en una notable hazaña que ocurrió durante esa breve guerra. Nótese, sin embargo, que todos los personajes del libro, salvo algunos personajes históricos men-

cionados de paso, son tan ficticios como las unidades milicianas que protagonizan la narración, y no representan a personas vivas ni muertas.

Por último, los que conocen Waziristán se percatarán de que he alterado levemente su geografía para adecuarla a mi propósito; ciertos lugares que figuran en la novela no se hallarán en ningún atlas. Al final del libro encontrarán un glosario de términos locales.

Bebía zumo de lima sentado en el porche cuando llegó el mensaje, y estaba solo. Habían circulado informes sobre disturbios en la frontera política, los demás oficiales habían ido a visitar los puestos de avanzada, y el coronel Chalmers, agente político, asistía a un *jirga* en una aldea que estaba a veinte kilómetros del fuerte. Hacía tres días que estaba solo, pero esto no le importaba, pues en ese momento no habría tolerado el esfuerzo de entablar una conversación cortés. Su esposa estaba encinta, no la había visto en más de cuatro meses, y estaba preocupado por ella. Era él quien había insistido en que Sophie fuera a las serranías para esperar el parto, aunque ella no lo deseaba, ya que prefería permanecer en Aziabad para estar más cerca de su marido. Al principio había parecido que ella impondría su parecer, y él tuvo que valerse de tres cartas, todas recibidas en la misma mañana, para hacerle cambiar de opinión. Aziabad, donde tenían su bungalow, estaba a doscientos cincuenta kilómetros del fuerte, mientras que Murree estaba a quinientos, pero el clima de Aziabad durante la temporada tórrida era insoportable, y él no podía abandonar el valle de Jaisora. Era época de permisos, así que los oficiales escaseaban y él no podía ausentarse. El bebé nacería la semana entrante y el médico había prometido enviar un telegrama en cuanto se hubiera producido el alumbramiento.

El ordenanza atravesó la arcada y Sandeman se puso de pie con expectación, aunque procuró no revelar sus emociones. Todo el fuerte sabía lo de su esposa, y aunque ningún miliciano la conocía personalmente, en la última semana todos habían cobrado un cordial interés en sus asuntos. Las bromas y los comentarios bienhumorados no se habían limitado al comedor de oficiales.

—Seneman sahib.

—Sí.

—Está llegando un mensaje. Al fin han reparado el telégrafo. Viene de Manzara.

Manzara era el fuerte del Ejército más cercano, setenta kilómetros al este, y todos los mensajes oficiales al gobierno debían retransmitirse por su estación telegráfica.

Sandeman no se movió del porche.

—Tráeme el mensaje cuando esté listo —dijo. Miró las grises murallas de ladrillo de adobe del fuerte, más allá del verde césped, y se preguntó si sería varón o niña. Sabía que Sophie quedaría decepcionada si no era un varón. Estaba convencida de que todos los hombres deseaban que el primogénito fuera varón, y, aunque él le había dicho que no le importaba en lo más mínimo, sabía que ella no creía una palabra de lo que le escribía. Le sorprendía que el mensaje hubiera llegado tan pronto, y se puso a sudar con pánico irracional cuando la idea se adueñó de él y su imaginación cobró vuelo.

No seas necio, se dijo al fin. Miles de mujeres tienen hijos y nada sale mal. ¿Por qué sería diferente con Sophie? En su última carta el médico te dijo que no había por qué inquietarse. No espera ninguna complicación. Si él no se preocupa, ¿por qué te preocupas tú?

Recordó lo que había dicho Franklin, sentado aquella noche en el jardín de Aziabad, mientras los sonidos de la partida de polo surcaban el aire quieto.

—Ella se halla en buen estado por ahora. Pero seré franco contigo. Me preocupa un poco. Tiene caderas demasiado estrechas. Eso puede dificultar el parto. La anemia tampoco ayuda. Habría sido mejor...

—Yo no lo sabía.

—Se lo advertí... Le di mis consejos cuando Sophie vino a verme en el momento de la boda.

—Ella no me dijo nada.

—Entiendo. —El médico se movió en la silla y hubo un momento de silencio. Un spaniel ladró en el complejo, a espaldas de ellos. Franklin sonrió, y a Sandeman no le gustó esa sonrisa.

—Me estás diciendo que quizá sea peligroso, ¿verdad?

—No es para tanto. Sólo... difícil. ¿Puedo servirme un poco más?

—Adelante.

Franklin siguió hablando, eludiendo la fría mirada de Sandeman.

—No te alarmes. En mi profesión uno se vuelve demasiado cauto y quisquilloso. Las mujeres son criaturas resistentes. Mi abuela escapó de Delhi durante el motín de los cipayos, conduciendo un carro trescientos kilómetros en la canícula de mayo, y su hermana la acompañaba con un rifle cargado, y detrás llevaban un bebé de una semana dormido. Sobrevivieron sin el menor rasguño. ¿Alguna vez te conté esa historia?

Sandeman se enjugó la cara con el pañuelo y bebió zumo de lima. Es el calor, pensó. El calor y el cansancio. Ojalá nos envíen el nuevo subalterno que nos han prometido. Quizá hasta consigamos ese comandante de ala que nos falta desde hace seis meses. Todo es posible.

De pronto sintió un arrebato de furia pueril, tan irracional como injusta. ¡Ese maldito Burnett! Si no hubiera cometido la idiotez de romperse la clavícula en esa estúpida competición ecuestre, ahora no nos faltaría personal. Podría haberme ido de permiso. Podría estar en Murree, bebiendo un trago en el club. Podría estar con Sophie.

Al pensar en ella, se aplacó. Le sorprendió descubrir que le temblaban las manos. Es mucho peor para ella. Es ella quien debe soportar la soledad y el dolor. Yo sólo tengo que esperar.

El ordenanza regresó con un papel en la mano.

—Es un mensaje cifrado. Creo que no viene de Murree —añadió con voz cómplice.

Sandeman asintió.

—Gracias. —Sacó el reloj de plata del bolsillo de la casaca y abrió la tapa. Francis pronto regresaría de la patrulla en que participaba dos veces por semana—. ¿El *gasht* ya ha regresado?

El ordenanza negó con la cabeza.

—Pero Wynter sahib no tardará mucho. Sus palomas acaban de llegar.

—¿Algún mensaje?

—Sólo pide leche con soda para cuando llegue.

—Muy bien. Avisame cuando esté aquí. Si desea verme, estaré en la oficina.

Cruzó el césped y entró en la oficina.

—Hola, ya estás preparando las nóminas. Trabajas hasta tarde.

—Sí, sahib. Tengo permiso la semana próxima. Hay mucho que hacer.

—Ya recuerdo. Se casa tu hijo.

El escribiente sonrió y continuó con su tarea. Su pluma chi-riaba mientras escribía, y aunque había apoyado el brazo en una almohadilla de papel, las páginas del libro contable ya estaban húmedas de transpiración.

Sandeman entró en su oficina. Cerró las persianas para tapar la luz y miró el termómetro de la pared. Registraba 43 grados. Sonrió, abrió un armario, sacó el libro de códigos y se sentó a descifrar el mensaje. Eran poco más de las cinco.

Veinte minutos después el escribiente cerró el libro, se frotó los dedos manchados de tinta en un trapo y salió para cenar. Sandeman no le oyó irse. Estaba sentado al escritorio, aún descifrando el mensaje. Ahora no pensaba en Sophie.

COMISIONADO JEFE A AGENTE POLÍTICO JAISORA STOP  
URGENTE Y SECRETO STOP NOS INFORMAN BRIGADA  
AFGANA CON ARTILLERIA CRUZÓ FRONTERA WAZIRISTÁN  
ESTA MAÑANA PRESUNTO OBJETIVO BANNU STOP HOY  
SE ORDENÓ RETIRADA DE CORREDORES DEL NORTE  
STOP SE TEME DISTURBIO A GRAN ESCALA STOP COMO  
LA LEALTAD DE LOS ELEMENTOS TRIBALES DE LA MILI-  
CIA FRONTERIZA ES DUDOSA SE ORDENA EVACUAR LA  
AGENCIA Y TODOS LOS PUESTOS DE LA MILICIA DES-  
TRUIR ARMAS PROVISIONES Y EQUIPO NO DESPLAZABLES  
Y REPLEGARSE INMEDIATAMENTE A TERRITORIO ADMI-  
NISTRATIVO STOP MENSAJE DESPACHADO 1400 HORAS  
24 MAYO STOP AÑADIDO DE MANZARA ESTE MENSAJE  
DEMORADO DEBIDO A CABLE CORTADO STOP RETÍRE-  
SE CUANTO ANTES STOP BUENA SUERTE JENNINGS MEN-  
SAJE DESPACHADO 1645 HORAS 24 MAYO.

Poco a poco reparó en el tic tac del reloj en una mesa lateral. Soltó el papel y miró el calendario. En efecto, era el 24 de mayo; eso era inalterable. Miró su diario y se acercó al mapa militar que

llenaba media pared. Waziristán, con trece mil kilómetros cuadrados de superficie, se extendía entre las fronteras política y administrativa del noroeste de la India, y sus habitantes principales eran dos tribus, los wazires Darwesh Jel y los mahsuds, que no aceptaban el dominio de ningún hombre y nunca habían pagado tributo a ningún caudillo en la historia documentada. Entre ellos existía una larga rencilla, más antigua que la memoria humana. Salvo por esto, juntos podían movilizar cuarenta mil efectivos. Eran odiados por sus vecinos y el sentimiento era mutuo, pues Sandeman sabía muy bien que los mahsuds, especialmente, no tenían el menor escrúpulo en matar a un forastero con sólo verlo. Miró la pizarra que estaba a la izquierda del mapa. Teniendo en cuenta defunciones, enfermedades, ausencias por permiso y una merma en el reclutamiento, los Corredores de Jaisora contaban ahora con cinco oficiales ingleses, entre ellos el cirujano de la agencia, veintitrés oficiales pastunes y mil quinientos fusileros. La tropa estaba compuesta por hombres de seis tribus pastunes. De las cuatro del norte, que habían provisto al Ejército con hombres durante muchos años, los jattaks, los orakzais y los yusafzais eran fiables. Los afridis, brillantes pero inconstantes, lo eran menos. Pero más de la mitad de la tropa estaba compuesta por miembros de tribus de allende la frontera, mahsuds y wazires, y muchos cuestionaban su lealtad.

Volvió a mirar el mapa. Tenía quinientos setenta y cinco hombres dentro del fuerte, representando todas las clases excepto los orakzais. Había siete puestos al norte y al este, con guarniciones que abarcaban de ochenta y cinco a cien hombres, y cuatro puestos al sur y el sureste, con una guarnición similar. Tenía que realizar cálculos sobre tiempo y espacio, y organizar las cosas de tal modo que un puesto pudiera replegarse sobre el otro, ganando fortaleza táctica mientras se retiraban, pero teniendo en cuenta todas las contingencias posibles. Era esencial que todos intentaran confluír en el fuerte y luego lo evacuaran, de modo que todos los efectivos de la milicia se replegaran ordenadamente por un camino escogido hacia el refugio de la frontera administrativa. Ésa era la intención. Ésas eran sus órdenes. Pero no sería sencillo cumplirlas. Se percataba de las inevitables dificultades, pero lidiaría con ellas a la luz de su entrenamiento y experiencia. Su

mayor preocupación eran los factores desconocidos: la hostilidad de las tribus y el efecto que la retirada surtiría sobre el temperamento volátil de sus propios hombres. Empezaron a dolerle los ojos.

—Ojalá nos permitieran quedarnos a luchar —exclamó, con un compás en la mano.

Oyó el murmullo de la voz de sus hombres mientras terminaba la siesta y la guarnición iniciaba sus actividades vespertinas: deporte para algunos y trabajo para otros.

Llamó al ordenanza.

—Mis cumplidos al subadar mayor —le dijo cuando acudió—. Pídele que venga aquí.

—Está en la *masjid*, hablando con el mulá —dijo el ordenanza.

—Muy bien. Lo veré cuando regrese. ¿Y Wynter sahib?

—Aún no ha regresado.

Sandeman volvió al escritorio. Consultó las notas que había tomado, y se puso a escribir los mensajes necesarios. Los llevó a la oficina de telégrafo que estaba en la esquina.

—Hazlos despachar de inmediato a los puestos de avanzada. Éste es para Manzara. Tráталos como confidenciales e infórmame cuando hayan acusado recibo.

El telegrafista miró cada una de las hojas, evaluándolas atentamente.

—No tardaré mucho. Enseguida, sahib.

Sandeman oyó el tableteo del código Morse mientras regresaba al porche. Volvió a la oficina y miró las carpetas amarillas que lo aguardaban. Ahora eran irrelevantes. Ya no era momento de papeleo. Wynter estaba retrasado y el subadar mayor no se hallaba en el fuerte. Irritado por el tic tac del reloj, sintiendo el comienzo de una jaqueca, sacó una carpeta roja de un cajón y fue a su estancia.

Habían humedecido el marco de mimbre de la puerta para refrescar la habitación. Al ver sus pertenencias se calmó un poco, y miró con súbito distanciamiento el lugar donde había vivido los últimos seis años. Había un armero con rifles deportivos contra una pared, con las armas trabadas con candado para impedir que las robaran. Había un baúl de madera delante del hogar, sobre el cual colgaban un par de espadas afganas. Parte del suelo estaba

cubierto por alfombras, compradas en Peshawar a un mercader de Bujará. Las había adquirido años atrás y una tenía manchas de oporto, resabio de una fiesta olvidada, mientras que otra estaba arruinada por quemaduras de cigarrillo. Siempre había querido reemplazarlas, pero siempre había gastado el dinero que ahorra en otras cosas. Había una mesa de madera con una jarra (recién llenada con agua de hielo y cubierta con una muselina con abalorios), una botella de whisky casi llena, un tablero de dominó con las piezas preparadas para una partida, una cigarrera de cedro que le había regalado un maharajá a cuyo servicio lo habían designado en un tiempo, y un catálogo del Ejército y la Armada, con las páginas marcadas con tiras de papel. Contra una pared había un escritorio con una fotografía enmarcada de Sophie, un tintero de plata y el portaplumas, una regla plegable de marfil, y una pila de facturas impagadas. En las paredes había fotografías: su compañía en Sandhurst, varios grupos del regimiento, equipos de polo, de tiro y de jockey, junto con paisajes que él había fotografiado estando de permiso, pues era un aficionado entusiasta. Constituían un registro mudo de su carrera y sus intereses en más de veinte años y los contempló con una mezcla de afecto y exasperación. Lo que había aquí y en el dormitorio, detrás de las cortinas, representaba el bagaje de su vida de soltero. No era mucho —siempre había viajado con poco equipaje—, pero era demasiado para llevarlo consigo cuando abandonara el fuerte.

Sandeman se sirvió un trago de whisky, se sentó al escritorio y se puso a redactar sus órdenes.

Aún estaba escribiendo cuando oyó una llamada a la puerta y entró Wynter, con un vaso en la mano. Usaba equipo de campaña, y la camisa se le pegaba al cuerpo como un trapo mojado. Sus manos, su cara y sus *chapplis* estaban cubiertos de polvo.

Sandeman alzó la vista.

—¿Tuviste un buen *gasht*? Te has retrasado un poco.

—Hola, Charles. Me detuve en la aldea para charlar con Sowab Jan. No estaba tan locuaz como de costumbre.

—¿Viste muchas mujeres y niños?

—No, creo que no. Pensándolo bien, ninguno. Estaba muy tranquila.

—¿Tranquila o desierta?

Wynter se sorprendió.

—No sé decirte. Hacía un calor del demonio. Creo que todos estaban en su casa.

—Entiendo.

—¿Puedo sentarme?

—¿Cansado?

—Un poco. Hemos andado al trote desde el mediodía. Creo que me magullé el pie con una piedra. Ah, así está mejor. —Wynter se desabrochó el equipo y lo dejó junto a la silla—. Si hubiera sabido que aquí teniais tanta energía, no me habría presentado como voluntario. En mi idioma, una patrulla significa arrastrarte de bruces ante el alambre de espinos de los turcos, no recorrer cien kilómetros por semana en este paisaje infernal.

Sandeman masticó el extremo de la pluma y sonrió para sus adentros. Francis Wynter tenía veintinueve años. Alto y rubio, apasionado por los caballos, la cetrería y las mujeres (en ese orden), era un buen oficial, poco imaginativo pero fiable.

—¿Cómo fue el *jirga*, Francis?

—Estábamos abarrotados. Se debe haber presentado todo el clan. Los maliks estaban de buen humor y nos convidaron a té y pastel.

—¿Hablaron muchos?

—Una docena. Un viejo habló sin parar. El agente político estuvo muy lúcido, con su memoria para las citas y sus retuécanos de costumbre. Logró un acuerdo sin mucha dificultad, en lo concerniente a la multa por el asesinato de ese camellero, y luego pagó las asignaciones del gobierno, restando las deducciones por infracciones pasadas. Esto provocó menos protestas que de costumbre.

—¿De veras? Qué interesante.

Wynter asintió. Se desanudó el pañuelo que le cubría el cuello y se enjugó el polvo de la cara.

—Sí, me quedé bastante sorprendido. Había muchas risitas, como si todos festejaran una broma, y un sujeto dijo: «No importa, sahib. Mañana ganaremos lo que perdemos hoy».

—¿Eso dijo? ¿Y el tema del desertor?

—Aceptaron que se lo debía considerar un renegado, y por tan-

to susceptible de arresto, pero alegaron que había cruzado la frontera, llevándose el rifle consigo. —Wynter hurgó en su bolsillo y comenzó a llenar la pipa—. Otro buen Lee-Metford que se pierde en el poniente.

—Literalmente —dijo Sandeman—. Habrá ido al oeste y ya habrá cruzado el río Margha. ¿Qué hay de los rumores de que habían visto a un oficial político afgano en su distrito?

Wynter titubeó.

—El agente político no preguntó. Se lo recordé después, y él se echó a reír. «Nunca preguntes el nombre del huésped en casa de tu enemigo», dijo.

—Conque estuvo allí todo el tiempo.

—Eso es lo que pensaba el coronel. Se dirigía a Pirali cuando me fui. Quería averiguar qué pasó con esos rifles que birlaron los wazires Madda Jel.

—¡A Pirali!

—Sí. También había oído el rumor de que el mulá de Jost estaba en Kaniguram, llevando cartas que incitaban a la yihad, y que había pedido un *jirga* de mahsuds el 26. Quizá sea un disparate de un informador de poca monta, porque él ya había oído que el mulá Fazl Din había comenzado a predicar la neutralidad, aconsejando a los mahsuds que no se interpusieran entre nosotros y los afganos. Aun así, consideró que convenía cerciorarse.

—¡Oh!

—Pensé que regresaría para el certamen de tiro. ¿Nada Shah pasó las preliminares?

—Con su destreza habitual. —Sandeman tenía la cabeza en otra parte—. Diez en el centro a trescientos, nueve adentro, y uno rozando el centro, a seiscientos.

—Sabía que no me defraudaría —dijo Wynter, feliz—. Anthony me debe setenta y cinco rupias.

—No las cobrarás de inmediato —dijo abruptamente Sandeman—. El viernes tuve que enviarlo a Pirali para tratar un caso de apendicitis aguda. —Pensó brevemente en Howard, operando a la luz de un farol después de un día de marcha al sol.

—¿Hay correspondencia para mí?

—No, el mensajero se ha retrasado.

—Ah, creí ver algunas cartas en el comedor.

—Ya las has visto antes. Son de Pete, y llegaron hace una semana.

—Debe ser Elizabeth.

—Creo que no la conozco. Nunca puedo estar al corriente de las amistades de Pete Collett. —Sandeman frunció el ceño. La jaqueca estaba empeorando.

—Es la hija de un capitoste de la Administración Pública de la India. Vino con la flota pesquera en diciembre. Se conocieron en las carreras, en la semana de Navidad.

—Por eso estaba tan ansioso de ir a Calcuta para hacer su examen de persa.

Wynter se rió.

—Pete tiene una concentración maravillosa.

—Tal parece.

—Creo que ella le escribe una carta al día —dijo Wynter melancólicamente—. Yo sólo recibo facturas.

Sandeman mordió la punta del lápiz. Wynter miró el vaso vacío.

—He soñado con esto toda la mañana. —Se volvió hacia el porche—. Gracias a Dios que mañana es domingo. Disfrutaré de un día apacible, sentado y mirando el césped.

Sandeman no le respondió. De nuevo estaba escribiendo.

—¿Pasa algo, Charles?

La farsa había terminado.

—Sí, ten la bondad de callarte un momento. Quiero terminar con esto. No, no te vayas. Te necesitaré. Toma, lee esto.

Sandeman oyó un jadeo mientras Wynter leía el mensaje de Manzara.

—¡Que me cuelguen! —murmuró Wynter—. Y pensar que la tía Charlotte me escribió el mes pasado, expresando en tres páginas de tinta malva que le alegraba que yo hubiera sobrevivido a la Guerra y hubiera regresado a la India sano y salvo. —Hizo una pausa—. No pongas esa cara, Charles. Me asustas. ¿Qué diantres ha sucedido? Creí que todo había terminado; tan sólo otra guerra eduardiana de fin de semana.

Sandeman abrió la carpeta roja, marcada como «Urgente», y hojeó los mensajes anteriores. En algún momento habían cometido un tremendo error de cálculo. Él también se preguntaba qué diablos había sucedido.

—Sí. El intento afgano de forzar el paso de Khyber fue bastante obvio. Cruzaron la frontera el día 4, con la esperanza de soliviantar a la tribus del norte, y fueron repelidos el 11.

Wynter asintió.

—Amanulla debe estar desesperado para intentarlo por segunda vez.

—¿No lo estarías tú, si hubieras asesinado a tu padre y necesitaras apuntalar tu dudosa aspiración al trono sublime mediante una guerra victoriosa?

—Aun así, es increíble —dijo Wynter.

—Mira este mensaje. Todo normal. —Sandeman le mostró un formulario—. Ahora mira éste, recibido por Chalmers el miércoles, el día en que partió para pagar las asignaciones para las obras públicas tribales. Dice que las fuerzas afganas de Jost se han desplazado al sur. La agencia pertinente recibió la alerta.

Wynter alzó la vista.

—Ése fue el día en que realicé un *gasht* a Sadgai para recoger a los dos milicianos mahsuds que tenían escorbuto.

—Así es. E informaste correctamente que todo estaba tranquilo. El jueves y el viernes no tuvimos noticias. —Sandeman hizo una pausa—. Esta mañana cortaron los cables del telégrafo. Durante el *tiffin* un espía de Chalmers vino para confirmar un informe anterior según el cual habían visto a un funcionario afgano cerca del *narai* de Razmak. —Hizo otra pausa—. Ahora esto, totalmente imprevisto.

—Me temo que nuestras operaciones de inteligencia no sirven para nada —dijo Wynter—. ¿Alguna vez nos enteramos de lo que pasa?

—Sólo cuando pasa, al parecer. En la frontera sólo los necios profetizan. —Sandeman recogió sus documentos y se puso de pie—. Iré a la oficina. Será mejor que me acompañes.

—¿Puedo pasar por el comedor para servirme otro trago?

—Tráeme uno.

Sandeman se volvió en el borde del porche mientras Rolf, el alsaciano negro de Wynter, se acercaba a su amo.

—Es bueno que te extrañen.

Wynter sonrió mientras acariciaba las orejas del alsaciano.

—Mi domingo no será tan tranquilo como pensaba.

Los dos hombres se miraron.

—¿Sabes qué día es hoy?

Wynter lo miró con desconcierto.

—El Día del Imperio.

—En efecto. Me había olvidado por completo.

—¿Me mandó buscar, sahib? —Una silueta familiar estaba en la puerta, con una camisa blanca bordada sobre un pijama holgado del mismo color. Tenía la cabeza al descubierto y calzaba un par de gastadas pantuflas rojas de punta curva.

Sandeman alzó la vista y sonrió. Yakub Ghul era un pastún yusafzai de Mardan. Se había transferido a los Corredores desde el regimiento de Sandeman. Los dos hombres se conocían hacía veinte años y eran amigos.

—Sí.

—¿Noticias sobre el primogénito?

El mayor meneó la cabeza.

—No —dijo—. Son asuntos oficiales. Pero lo comentaré cuando llegue Wynter sahib.

Hablaron de otras cosas: el posible ascenso a hawaldar de un hombre cuya aptitud Sandeman ponía en duda; la calidad de una tanda de reclutas que llegaban al final de su entrenamiento; y, por último, los problemas creados por la introducción del nuevo modelo de Lee-Metford.

—El problema es la mirilla nueva —dijo Sandeman—. Los resultados con la tropa fueron pésimos el mes pasado.

—¿No es lo que yo había dicho?

Sandeman asintió.

—Pero los hombres mejorarán con la práctica. —Hacía años que bregaba para que la unidad recibiera un rifle más moderno, y la llegada de los Lee-Metford había sido un triunfo personal para él.

—Se trata de la nueva graduación de las miras de largo alcance

—insistió el subadar mayor—. Dije que les resultaría difícil y así fue. —Él prefería el rifle Martini-Henry de su juventud, y no le había gustado el cambio.

Entonces entró Wynter, un vaso en cada mano.

—Me crucé con el telegrafista y me pidió que le ahorrara el viaje. Dice que todo está despachado y recibido. ¿Estás organizando una fiesta, Charles? *Salaam*, subadar mayor sahib.

Sandeman cogió uno de los vasos.

—Sólo hablábamos del resultado de los rifles.

—Subadar mayor —dijo Wynter—, no se moleste. Seneman sahib es tan terco como usted. Tenemos que resignarnos a los nuevos rifles y sacar el mejor partido posible.

Yakub Ghul rió entre dientes.

—Lo sé. —Miró la cara de Sandeman y no le gustó lo que vio—. ¿Podemos ir al grano? ¿Son malas noticias?

Yakub Ghul escuchó en silencio mientras Sandeman hablaba. Luego miró la hora y frunció el ceño.

—¿Cuáles son las órdenes, mayor? —preguntó en inglés.

—El telegrafista es de confianza —dijo Sandeman—. Por el momento nadie más sabe que evacuaremos la agencia. Subadar mayor, quiero ver a todos los oficiales mañana a las seis de la mañana, y yo mismo anunciaré la noticia antes de impartir mis órdenes para la evacuación. —Hizo una pausa y bebió un sorbo—. He informado a todos los puestos de avanzada que deben iniciar su retirada esta noche. Los tres puestos del sur, al oeste de Razana y Razana incluido, deben desplazarse al fuerte Gumal, en el sur; el resto vendrá a este fuerte. Me propongo salir a las once de la noche de mañana, a lo sumo. Eso daría tiempo para que lleguen todos los puestos del norte. Luego nos replegaremos hacia Manzara por el valle del Jaisora.

Wynter alzó la vista, lápiz en mano.

—Es la vía más directa —dijo con cautela.

—Francis, haz apostar un centinela en la oficina de telégrafo con discreción. No quiero más cables cortados, si podemos evitarlo.

Yakub Ghul sonrió y se acarició la barba.

—Sólo un tonto baila sin tambor. Usted no es tonto, sahib. Todos sabrán que sucede algo en cuanto ponga un centinela.

—Sospechar no es lo mismo que saber —dijo Sandeman—. Debemos correr ese riesgo. Ahora bien, en cuanto a la marcha. Tendremos que avanzar deprisa, así que nadie llevará equipaje personal. Necesitaremos los animales de transporte para el baúl del tesoro, los suministros médicos, las camillas y la munición de reserva. Cada hombre portará su arma personal, pistolas, mochila y una bandolera con cincuenta balas. Se distribuirán raciones cocidas para dos días entre todos los rangos. Revisa estos planes de carga, Francis. Todas las cargas se deben distribuir parejamente.

—¿Qué hay de las ametralladoras, Charles?

—Las llevaremos.

—¿A lomo de mula?

—Sí. —Sandeman juntó sus notas y se guardó la pluma en el bolsillo de la camisa—. Creo que es todo, por el momento. —Miró el escritorio, entrelazando las manos.

Wynter se volvió para irse. Estaba junto a la puerta cuando cayó en la cuenta de que Yakub Ghul se había quedado donde estaba. Permanecía inmóvil, clavando los ojos en Sandeman. Wynter vio que Sandeman alzaba los ojos hacia el pastún. El subadar hizo una pregunta, y quizá recibió respuesta. Wynter regresó a la habitación, y el chasquido de sus *chapplis* claveteados parecía ensordecedor en el silencio.

—Esta orden del gobierno es tonta, sahib —dijo el subadar mayor sin rodeos—. Creo que podríamos defender el Jaisora. A los hombres les gustaría.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro. Hace tres años hubo problemas con los mahsuds Shaman Jel.

—Lo recuerdo.

—Teníamos hombres de los Shaman Jel en nuestra unidad... y lucharon contra sus hermanos. No por el gobierno, sino por Chalmers sahib. Por él harían cualquier cosa.

—Lo sé. —Sandeman vaciló y luego dijo—: Pero, ¿qué sucederá si el emir de Kabul declara una yihad? ¿No acudirán a la llamada de los fieles?

—No si estamos dispuestos a luchar. Puedo jurarlo.

—¿Y los mahsuds?

—Ningún mahsud antepondrá su fe al interés personal.

Sandeman miró de soslayo a Wynter y vio que asentía con un leve cabeceo.

—Existe un riesgo, ciertamente —dijo.

—Charles, ¿debemos retirarnos?

—Sí, no tenemos opción en el asunto. Claro que podríamos defender nuestros puestos, hasta que se terminara el agua. ¿Y qué pasaría entonces? La brigada más cercana está en Bannu, pero sus efectivos sólo le permiten desempeñar un limitado papel defensivo. Conoces la situación tan bien como yo. Nuestros recursos militares están peligrosamente limitados a causa de la Guerra. Tardaríamos semanas en constituir una fuerza punitiva efectiva. ¿Qué dices, Francis?

—Charles, cuando vine aquí, ¿no me dijiste que emprender una retirada apresurada y destruir todo sin disparar un tiro era violar el primer principio de esta clase de guerra?

Sandeman miró la desleída cinta de la Cruz Militar en la camisa sudada de Wynter.

—Tienes toda la razón. Ojalá no fuera así.

—Wynter sahib dice lo que yo pienso —intervino Yakub Ghul—. Permitame hablar con franqueza. Es preciso. Creo que habrá problemas en cuanto las tribus vean que abandonamos la agencia. —El pastún tocó el papel que tenía en la mano—. Pensarán que nuestra autoridad se ha debilitado y estamos huyendo. Se levantarán contra nosotros y tendremos que abrirnos paso a tiros hasta Manzara.

—En eso estoy de acuerdo. Si pudiera, me marcharía esta noche. Esperemos que la situación no empeore. En tal caso, es posible que nuestra salida más rápida esté bloqueada.

El subadar mayor se quedó quieto, dilatando un poco los ojos negros. No quedaba el menor vestigio de humor en su rostro.

—La compañía wazir está de servicio esta semana. Tienen las llaves de la armería. Custodian el cofre del tesoro, setecientas mil cargas de munición... y las ametralladoras.

—Y nuestra documentación —añadió Wynter. Había pasado el mes de abril realizando una auditoría de las cuentas de la unidad, una tarea que detestaba—. Me niego a perderla después de todos mis esfuerzos.

—No será fácil, sahib.

Hubo un súbito silencio. Wynter contuvo el aliento y Sandeman permaneció inmóvil, los ojos fijos en los del pastún.

Hacía mucho calor en la habitación. Sandeman vio un grupo de mahsuds en sus pantalones holgados grises y sus impecables camisas blancas, sentados con las piernas cruzadas a la sombra de una pared, fumando y charlando. Un grupo de reclutas con el pelo húmedo y toallas en la mano regresaba riendo de la piscina, mientras que los hombres de la compañía afridi, en grupos de dos y de tres, cruzaban la puerta principal para dirigirse al bazar que había crecido fuera del fuerte. También había un *sarae*, aunque los viajeros eran pocos, pero era popular entre los milicianos, que podían beber té y chismorrear hasta la hora de la cena. Un aguador rociaba el polvo fuera del torreón de tres pisos que hacía las veces de armería, mientras que el jemadar de servicio, que acaba de inspeccionar a la guardia de la puerta principal, caminaba rígidamente hacia la escalinata del comedor de oficiales de los pastunes.

Sandeman vio que Wynter y el subadar mayor intercambiaban una mirada.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Por qué no será fácil?

Wynter se enjugó la cara con un pañuelo.

—Charles... —intentó.

—Continúa, Francis.

—¿No es hora de que alguien diga lo que todos pensamos?

Sandeman sonrió.

—Obviamente es lo que te propones.

—Podemos confiar en las tribus de la frontera, los jattaks, los yusafzais y los orakzais, quizá también en los afridis. ¿Pero podemos confiar en los mahsuds y los wazires?

Sandeman frunció el ceño.

—¿Por qué no? Han sido leales. Nada Shah es buen soldado. Luchó un año en Francia, y ganó la Croix de Guerre, así como la Medalla por Servicio Distinguido en la India. Es una buena influencia para la tropa. ¿Acaso lo has olvidado?

—Es buen oficial para ser wazir —dijo Yakub Ghul—. Pero una piedra no se ablanda, y un enemigo no se vuelve amigo. Además, temo que vean nuestra retirada como señal de debilidad. Si tene-

mos problemas, si nos topamos con un *lashkar* hostil... quién sabe lo que ocurrirá.

—Entonces usted no confía en él.

Yakub Ghul rió suavemente.

—¿Es una pregunta?

—Sí, es una pregunta.

—No, no confío en él. Y tampoco en Alif Jan. Los mahsuds viven con la ley o fuera de la ley. Para ellos da lo mismo. Preferiría meter la mano en la boca de un tigre que dar la espalda a un mahsud que empuña un rifle.

Sandeman se reclinó en la silla. No sonreía.

—Quizá tenga razón —dijo. Guardó silencio un rato, mirándose las manos. Luego, sin alzar la vista, dijo—: Ese maldito reloj ha vuelto a pararse. Siempre se pone temperamental con el calor. Chalmers sahib y yo, y también usted, hemos construido esta unidad. Hemos procurado que los mahsuds y los Darwesh Jel comprendan que les conviene servir al gobierno. Hemos tratado de inculcarles nuestras ideas de lealtad, deber y servicio. Pero ahora dice que no confía en ellos. ¿Opinas lo mismo, Francis?

—Sí. Creo que deberíamos desarmar a los que no nos merecen confianza. Darlos de baja y luego retirarnos.

—Para eso necesitamos la autorización del comisionado jefe —dijo Yakub Ghul. Tosió—. Lamentablemente.

—¿Tú confías en ellos, Charles? —preguntó Wynter.

Sandeman alzó la vista.

—Debo hacerlo. La confianza, como la lealtad, es un camino de doble mano. Sólo puedes recibirla si la das.

—¿No sería prudente tomar algunas precauciones?

Sandeman se frotó la barbilla.

—Si tomamos demasiadas precauciones, precipitaremos aquello que deseamos evitar. —Echó una ojeada a los números—. En el fuerte tenemos quinientos setenta hombres. Trescientos son mahsuds y wazires; ciento setenta y cinco son jattaks y yusafzais. Si sumamos los afridis, tenemos doscientos setenta y cinco en quienes podemos confiar. Eso iguala las fuerzas.

—¿Pero podemos confiar en los afridis, Charles?

—Si no podemos, concedo que las fuerzas no quedan tan igualadas. ¿Qué piensa usted, subadar mayor?

Yakub Ghul extendió las manos.

—Creo que no seguirían a Nada Shah. El subadar, Dar Jan, es buen hombre. Preferirían actuar por su cuenta que hacer eso. —Volvió a reír entre dientes.

—Coincido —dijo Sandeman—. Ellos ofrecen el equilibrio. Si hay problemas, todo se volverá contra ellos. Debemos tener esperanza.

—Es sólo esperanza, sahib —dijo Yakub Ghul—. ¿La vida de todos los leales debe depender de la esperanza?

—En este asunto, estamos en manos de Dios —dijo jovialmente Sandeman.

—¿Pero Dios lo sabe? —dijo Wynter en inglés—. Nunca he tenido miedo de mi propio bando, salvo cuando juego al hockey. Y es el juego más mortífero que conozco. Todo esto empieza a parecerse a 1857. En aquel entonces morías tontamente, como un soldado, o te volabas los sesos como un caballero, ante la vergüenza suprema. No te vuelas los sesos, Charles. No lo soportaría.

Sandeman rió.

—Prometo que no lo haré. —Encendió un cigarrillo con mucha lentitud y ordenó los papeles del escritorio—. Conozco los argumentos —dijo—. Reclutamos mahsuds en el Ejército durante la Guerra. Si lograbas meterlos en la línea de fuego, luchaban con brillantez. Ayub Jan fue recomendado para la Cruz Victoria. Pero no siempre lograbas que llegaran tan lejos. —Hizo una pausa, recordando al oficial asesinado por un cipayo mahsud en el muelle, antes del embarque—. No era una cuestión de coraje. Ningún mahsud necesita demostrar eso. —Sonrió levemente—. Son un pueblo temperamental. En consecuencia, el experimento no tuvo mucho éxito. Aquí siguen creando dificultades y presentan al gobierno actual un problema que no ha podido resolver. —Miró el escritorio y añadió con calma—: Yo tampoco puedo resolverlo. Pero debemos intentarlo.

—¿Qué hay de la Vickers que está en la armería, Charles? —dijo Wynter—. ¿Y las Lewis? No podemos darnos el lujo de perderlas.

—Ah, creo que tendremos una súbita practica de tiro a primera hora de la mañana. La Vickers quedará fuera de servicio y habrá que desarmarla para que Alec Trent le eche un vistazo. O algo similar.

Yakub Ghul se acarició la barba.

—Todos los mahsuds son ladrones —dijo sombríamente—. Y será así hasta el fin del mundo.

—Todo irá bien —dijo Sandeman—. Estoy seguro de ello.

—Ojalá que sí, sahib.

—Lo importante es comportarse normalmente. Esta noche los jattaks celebran un festejo en honor del ascenso de Sharif. Wynter sahib y yo estamos invitados, y quedarán defraudados si no vamos. Francis, tienes que mejorar tus pasos de baile.

Wynter puso cara de alarma.

—No te preocupes. Tocaré Zalmui. Puede batir el tambor a cualquier ritmo, y escogerá una pieza que conoces.

—Creo que eso será atinado —dijo Yakub Ghul—. Los mahsuds estarán allí. Su presencia surtirá un efecto favorable. Aun así, desearía... —Se interrumpió.

—Yo también desearía —dijo Sandeman—. Pero es una orden.

—Es una orden. ¿Sigue en pie la autorización para que los jattaks estén fuera de las líneas hasta las diez?

Sandeman asintió.

—Muy bien. Entonces, sahib, con su permiso, asistiré cuando los hombres saquen las armas para la noche. —El subadar mayor se cuadró y salió.

Wynter estaba inquieto.

—Espero que Pete se encuentre bien en Razana.

—Sin duda que sí. Se portó muy bien cuando expulsamos a los mahsuds en el 17.

—¿Quieres que lleve revólver?

—¿Para qué? Lleva un bastón, si estás nervioso. No, no es para tanto. Es sólo un poco delicado. —Sandeman se volvió hacia la ventana, dando la espalda a Wynter. Recordó las muertes del pasado: Bowring, el agente político tiroteado en Sarwakai por un cipayo mientras dormía; Harman, muerto con bayoneta en el comedor de Wana un año después; Donaldson, asesinado fuera del campamento de Bannu; y Dodd, a quien su ordenanza había matado en su bungalow de Tank después de una partida de tenis—. Todo saldrá bien. Mientras confíen en nosotros.

—¿A qué hora cenamos, Charles? ¿Antes o después de nuestra aparición estelar en el salón?

—A las ocho y media, como de costumbre.

—Estupendo. Te veré en las filas, entonces. Creo que primero me daré un baño. Quizá me alivie los pies.

Sandeman rió.

—Una vez mi *gasht* recorrió cincuenta kilómetros en veinticuatro horas. No hicimos mucho al día siguiente. Te acostumbras.

Sandeman se detuvo en el porche frente a la oficina y encendió un cigarrillo. Era una pena que Chalmers estuviera en Pirali, el más lejano de los puestos del norte, pero esto le permitiría garantizar la evacuación ordenada de las otras tres guarniciones, mientras Trent se encargaba del resto desde Shinwara. Entre ellas, la última y la más cercana al fuerte era Sadgai, a sólo ocho kilómetros. Si todo iba bien, Trent y sus efectivos llegarían al fuerte a mediodía, y Chalmers cinco horas después. Eso les daría tiempo para descansar antes de iniciar la evacuación definitiva a la hora de las plegarias. Era un plan un poco ajustado, pero no quería arriesgarse a demorar la última fase de la retirada hasta el 26.

El humo de las cocinas se elevaba en el cielo del atardecer, y Sandeman oyó la risa de los hombres que charlaban en los cuarteles. Las torres de las esquinas se ennegrecieron con el rápido anochecer, y en las ventanas sin persianas de las chozas asomó el fulgor tenue de las lámparas de aceite. Fuera del fuerte un chacal aulló plañideramente y su pareja le respondió. En la tórrida oscuridad oyó las notas agudas de un *sarnai* y el redoble tenue de un *dol* mientras comenzaba la celebración y un grupo de jattaks bailaba una danza del sable alrededor de una brillante fogata. Otros *dols* se sumaron, redoblando ora al unísono, ora con otro ritmo. Por la ventana norte vio un débil punto de luz cuando el centinela wazir del techo del *kot* de la armería encendió un cigarrillo, contraviniendo órdenes.

Fue entonces cuando empezó a tener miedo.